

Ciudadanismo

Nº 22 Año I
22 de Enero de 2007

EDITORIAL

¿TODOS BUENOS?

Es absurdo actuar como si no hubiese día y noche, luz y tinieblas, blanco y negro, bien y mal, Dios y Diablo, elegidos y réprobos. Es absurdo empeñarse en negar los colores, porque a fuerza de negarlos, se acaba perdiendo la facultad de percibirlos.

No se trata de reivindicar el maniqueísmo para dividir el mundo entre buenos y malos, no. Se trata de no perder la capacidad de distinguir entre el bien y el mal, entre las acciones buenas y las malas, entre los que han elegido hacernos el bien y los que han optado por hacernos el mal.

¿Adónde iríamos a parar si todo nos pareciese bien, si lo viésemos todo blanco y luminoso, si todos los actos tuviesen para nosotros el mismo color? ¿Cómo vamos a negar lo malo? ¿Cómo vamos a llamar bueno al que se emplea en hacernos mal? Perder la capacidad de percibir la diferencia entre lo bueno y lo malo, entre lo que nos beneficia y lo que nos perjudica, sería una de las peores cosas que nos podrían ocurrir; si en el plano de la percepción consideraríamos esto como el preludio de nuestra total perdición, ¿por qué tendríamos que considerar que nos beneficia no distinguir entre el bien y el mal en el plano de la expresión, de la comunicación, del lenguaje? ¿A quién beneficia que pongamos la misma cara de comprensión y conformidad ante lo que nos está bien y lo que nos está mal, como si cualquier cosa nos estuviese bien? ¿Qué ganamos siendo ecuanímenes (es decir teniendo *equus animus*, un ánimo exactamente igual para el que nos oprime y busca medrar con nuestra perdición, y para el que defiende nuestros derechos y nuestros intereses? ¿De verdad hay que ser ecuanímenes? ¿A beneficio de quién? ¿Para qué sirven esas conductas, sino para ponernos como blanda alfombra bajo los pies de quienes buscan su bien a costa de nuestro mal? ■

¿DE QUIÉN SÓN LOS RÍOS?

Los ríos, que desde tiempos inmemoriales han sido lazos de unión, han empezado a ser motivo de discordia, especialmente entre los altos profesionales de la política. "Este río es de mi tierra y mi tierra soy yo. A su lado vivo, de su agua bebo, en él me reconozco y me solazo. Luego este río es mío y de este río me río". (De la vena fluente de un político apócrifo que llamaba al ríoja River-ha).

El Ebro, que antes guardaba silencio al pasar por El Pilar, porque no quería despertar a la Virgen, ahora es motivo de gresca entre las dos grandes fuerzas políticas de España, camisa blanca, como consecuencia del fallido Plan Hidrológico Nacional. En su día, el Cabriel fue motivo de duros enfrentamientos entre

los ríos siempre habían sido bienes comunes y públicos

las Comunidades de Valencia y de Castilla-La Mancha, en el punto concreto de sus Hoces. Unos, aparentemente, por preservar la belleza; otros, aparentemente, por mejorar la comunicación. Y ahora le toca al Guadalquivir, al que parece que quieren meter en un Estatuto, tal vez en una Realidad Nacional, lo que tiene mucha minga, Dominga. Pero ya les ha dicho Ibarra que son un poco chorlitos o cabezabuques, porque algunos afluentes del Guadalquivir nacen precisamente en sus tierras. Además, ¿quién puede asegurar que un día

Sevilla no pida anexionarse voluntariamente a Extremadura? ¿Ein? No sé, pero tal como andan las cosas...

Antiguamente, los ríos pasaban por aquí y por allá y los ciudadanos aprovechaban sus aguas para regar sus tomates y cebollas, para moler sus cebadas y centenos, para darse un chapuzón o para pescar algún que otro barbo, pero luego se desentendían de ellos y los olvidaban porque alguien había sentado un precedente muy sensato que, si no sentaba cátedra, servía al menos de jurisprudencia: "agua que no has de beber / déjala correr". Había ríos que, al menos en alguna de sus partes, corrían tan olvidados que un prestigioso poeta se vio obligado a cantar: "Río Duero, río Duero / nadie a acompañarte baja". Bien es verdad que Gerardo Diego hacía la salvedad de los enamorados, ya que estos ponían a los ríos como testigos de sus grandes amores.

Y hemos de hacer también la salvedad de algún pájaro de cuenta que, con la nocturnidad requerida, bajó a borrar las huellas de un odioso crimen: "Amor mío, si te vas/ no bebas agua del Duero/ que lavaron el puñal / con que mataron a Diego". De hecho, había ríos tan libres y tan respetados que, aun siendo muy modestos en su caudal y en su recorrido, la gente les pedía permiso para pasar, tal es el caso del Manzanares, que, a su paso por Madrid, bien podía haberse hecho colchonero de pro. Discurrían tan libres y tan limpios que, cuando algo se interponía en su camino

y los perturbaba, enseguida se hacía público y notorio. Este es el caso del Nervión, por el que un día dijeron que bajaba un bicho extraño...

Que yo sepa, nunca antes los ríos habían tenido un carácter particular, como el patio de mi casa, sino que siempre habían sido bienes comunes y públicos. Daba

Sólo usted, señor Chaves, pretende que el Guadalquivir tenga dueño

igual dónde nacieran o por dónde pasaran, porque eran igualmente de todos. Miños y geniles, tajos y bernescas, mundos y jalones, eslas y guadianas, fontirines y júcares, arlanzas y cuervos, jaramas y seguras. Bueno, en un momento dado, el Jarama fue un poco de Ferlosio, pero sólo en un plano simbólico y honorífico. De manera que todos eran ríos de todos. Todos eran ríos de nadie. Y en Andalucía, particularmente. De hecho, el famoso Río de Miguel Ríos no se sabe cuál es, porque ni siquiera tiene nombre. Es más, los autores de la universal Macarena son "Los del río", pero ¿de qué río?

Sólo usted, señor Chaves, pretende que el Guadalquivir tenga dueño. Y que este sea un sujeto jurídico llamado Realidad Nacional Andaluza. O algo así. Que vaya si tiene cojones. No me extraña que Ibarra se cabree, aunque yo ya he descubierto que Ibarra se cabrea solamente de boquilla, justamente por donde suele morir el pez. Luego se

EUFEMISMO

tragará el Guadalquivir con todas sus poluciones como un día no lejano se tragó el Estatuto de Cataluña, que ese sí que es un río, pero de tinta. Y tiene asimetrías como sapos. Y monstruos de lesa financiación.

Si empezamos a pegarnos por los ríos ¿qué será de nosotros y de nuestras vidas? Todos sabemos que "Nuestras vidas son los ríos que van a dar a la mar, que es el morir". Nos lo dijo Jorge Manrique, ya hace muchos años. Yo estoy de acuerdo con él, y no me gustaría nada que el pequeño río de mi vida fuera esclavo de ningún polícastro con ambiciones ni de ninguna entidad jurídica

con rango de eufemismo nacional.

La prueba más contundente de que los ríos no son de nadie es que, en realidad, nadie los ha podido nunca hacer suyos. Ya lo dijo Heráclito, el filósofo de Éfeso: "No te bañarás dos veces en el mismo río". Señor Chaves: el Guadalquivir no es un río, sino muchos ríos, infinitos ríos. Cuando usted quiera apropiarse de uno de ellos, éste empezará a sonreírle desde las proximidades de la costa, que es donde los ríos remansan. Y luego desde el mar, que es al que voluntariamente se entregan. ■

Mariano Estrada

LECTURA OBLIGADA

MIKEL BUESA

Recomendamos la lectura del artículo que publicó Mikel Buesa el pasado día 16 bajo el título "Una marcha triunfal: Zapatero y ETA". Es necesario que nos ejercitemos en leer y escuchar a los que les duele el terrorismo en sus carnes (a los demás nos duele platónicamente). No es lo mismo nombrarlo que sentirlo. A los parientes lejanos nos han de vender los tintes más intensos del terror, los grandes atentados; porque el tormento chino de la gota de terror de todos los días que te taladra el cerebro, eso no es noticia.

Transcribimos el inicio del artículo para incitar a su lectura completa.

YA lo sabemos. Creer, un día antes del atentado de Barajas, que los españoles estábamos mejor que hace un año y que, dentro de otro, esa mejoría sería aún mayor, fue un error, el único error cometido por Rodríguez Zapatero con relación a la cuestión del terrorismo nacionalista vasco a lo largo de su mandato.

No podía ser menos, pero sí más. El presidente se enfrentó el 30 de diciembre a la cruel evidencia de que su euforia carecía de cualquier fundamento; pero después, pasadas dos largas semanas desde aquel acontecimiento, ha sido incapaz de extraer de él sus lecciones.

La máquina trituradora de la propaganda ha convertido el fruto de la destrucción en un polvo gris donde nada es reconocible, del que nada puede aprenderse, porque aparentemente nada ha sucedido. Y así, el líder, el timonel iluminado que nos reclama nuestra confianza en él, puede reemprender su marcha triunfal.

Era previsible. Primero fueron las frases evasivas de significado difuso; luego el silencio. ¿Implicaría el atentado la ruptura de cualquier relación entre el Gobierno y ETA? Ahora sabemos que ETA puso fin al «proceso de paz» y rompió el «diálogo». Pero no sabemos si Rodríguez Zapatero ha renunciado a cualquier pretensión negociadora con ETA.

Los eufemismos (ευ / eu = bien; φεμι / femí = digo) son más bien una enfermedad de la lengua. Y no nos vienen de ahora. Resulta que ya los griegos andaban rehuyendo el llamar a las cosas por su nombre. Esto empezó en las ceremonias religiosas. Les presentaban siempre a los dioses el lado bueno de las cosas, para que las viesan con benevolencia. Y si no tenían lado bueno, pues apañaban la palabra, dándoles un nombre bueno a cosas malas. Al mar Muerto, voraz y traicionero, lo llamaban el Ponto Euxino ευξένιος / euxeínios), "el muy hospitalario": y resulta que era famoso por la abundancia de naufragios que ocasionaba. Los dioses tenían que estar contentos: al fin y al cabo, **mentir es un acto de sometimiento**.

Algo esencial falla en la urdimbre de nuestra conducta cuando se nos induce a ponerle al mal tiempo buena cara, incluso cuando se trata de conductas contra nosotros; o dicho en palabras evangélicas, cuando se espera de nosotros que bendigamos (ευλογείτε / euloguéite = bendecid, alabad, elogiad, mostradle vuestra consideración) a los que no sólo nos mal-dicen, sino también a los que nos mal-hacen; cuando se nos pide que calleemos veamos lo que veamos y se nos obligue a aguantar lo que sea; cuando se nos exige que guardemos un silencio que tiene mucho de reverencial, de respetuoso, de aceptación y aprobación.

Y de aquí saltamos sin más al arte educadísimo y servilísimo del **eufemismo**. ¿Y eso qué es? Pues que aunque de lo malo y de los malos corresponda hablar mal (βλασφημείν / blaspheméin), que es lo propio, lo espontáneo, pues no: hablar bien de ellos si se les teme, e incluso hablar bien de ellos y ben-decirlos, si creemos que por nombrar al mal, éste se cebará en nosotros: recurrir al **eufemismo**, o si no queremos incurrir en hipocresía, al **silencio**; un silencio que quien nos domina mediante el mal, interpretará como reverencial y de aceptación de su santísima voluntad, puesto que es ahí a donde lleva finalmente el miedo.

En efecto, la ευφεμία (eufemía) está tan sólo un escalón por debajo de la ευλογία (eulogía), de la alabanza sincera, que nace de la admiración y del agradecimiento. Empezamos hablando eufemísticamente del que hace mal (no por educación, sino por miedo) y acabamos con el síndrome de Estocolmo, pasándonos sinceramente a su bando. Porque no es sólo que quien calla consiente, no; quien calla, reverencia; quien calla, alaba. Quien calla es porque no se atreve a hablar, es que reconoce su inferioridad y la superioridad del que le hace mal. ¿Superioridad física? ¿Superioridad moral? No importa, porque la superioridad física acaba convirtiéndose inexorablemente en superioridad moral. El que gana, siempre es el bueno, y el que pierde, el malo.

Ευφεμία (eufemía) significa "palabra de buen augurio" (su contrario es βλασφημία / blasfemía, que significa "palabra de mal augurio", que no debe ser pronunciada en las ceremonias religiosas). Se llama también en griego eufemía a la acción de evitar las palabras de mal augurio, de donde procede el significado de "silencio religioso". Otro significado es el de "eufemismo", y que se refiere al empleo de una palabra favorable en vez de la negativa que correspondería, por ser esta última de mal augurio. Se evitaban estas voces incluso en los propios textos de las leyes. Por eso a la sodomía la llamaban "el pecado ne-fando", el que ni se debe nombrar. Por eso se esquivaba la palabra muerte (aún hoy conservamos de ella numerosos eufemismos), o se llamaba Euménides, es decir, benévolas, a las terribles Erinias. Significa también eufemía elegancia en el lenguaje, alabanza y palabra de elogio. De ahí que se use también en griego la palabra eufemía para denominar la buena fama. ■

de elalmanaque.com